—Ignoráis aún todos mis crímenes y mis infortunios.

—Echad un velo sobre ellos; yo nada quiero saber.

—Señora, yo he pasado por todo; pero quiero respetar vuestra honra.

María guardó silencio.

—Para que esa chusma de gente que me sigue no atente á la virtud de usted, es necesario decirles que usted es Luz mi hermana, á quien he recogido al paso del pueblo donde la había dejado.

María tendió su mano á Castaños; este la estrechó con respeto.

—Desde hoy oculto mi nombre.

—¿Y vuestra familia? preguntó Castaños.

—Capitán, el señor cura Morelos quedó encargado por mis padres de protejerme.

—Os juro que al avistarnos al primer campamento de los insurgentes, yo mismo llevaré á usted hasta encontrar al general.

—¡Hermanos desde hoy! dijo María.

—Sí... hermanos, murmuró sombríamente el capitán.

Al montar en sus caballos, apareció en el sendero un mastin ladrando furiosamente.

Caifás había husmeado á la joven, y comenzó á dar de saltos frente al caballo.

CAPITULO XV.

De cómo dió principio el sitio memorable de la ciudad de Cuautla de Amilpas.

I.

El 4 de Marzo de 1812 había un gran barullo en la ciudad de Cuautla: multitud de hombres, mujeres y niños llevaban provisiones á los depósitos, y entraban *atajos* con las semillas de las haciendas de los contornos.

Apesar de ese batiboleo producido por la afluencia de gente, la operación se verificaba en el mayor orden posible.

El general Morelos recorría los puntos todos de su línea; daba órdenes que eran cumplidas con exactitud.

El mayor entusiasmo reinaba en el pueblo y la tropa, y todos se disponían á defender los muros de aquella ciudad.

Los realistas avanzaron sobre *Amelzingo*, *Jacatepec Cuahuistla* y *Buenavista*.

Galeana salió de trincheras á escaramucear con el enemigo, que se fortificaba á toda prisa, con una actividad admirable.

Los cuatro puntos mencionados se destinaron como fortines para establecer sus baterías.

Calleja estableció su línea de circunvalación á medio tiro de la plaza, esto indicaba que los combates debían sucederse sin interrupción.

Los cañones hicieron sus primeras descargas.

El pueblo de Cuautla no había visto nunca ni oído el estruendo de las bombas, y comenzó á sobrecogerse de pánico, buscando asilo en sus inglesias y edificios que parecían más sólidos.

Pasada la primera impresión, los muchachos se atrevían á apagar las espoletas, y se apresuraban á presentarlas á Morelos como un trofeo.

El general puso precio á los proyectiles del enemigo, para servirse de ellos caso de consumirse sus municiones.

Galeana, el inmortal cura Matamoros y los Bravos, sostenían la plaza con el ardor de su aliento, con el espíritu gigante de su patriotismo.

El sitio se formalizaba, los realistas cortaron el agua, y los pozos no daban abasto á la población; era necesario hacerse del punto surtidor, disputar á la bayoneta el *ojo de agua*.

Galeana que parecía estar reñido con su existencia, se ofreció á levantar un fortín en ese punto peligroso.

Galeana y D. Víctor Bravo batieron á los realistas desalojándolos del *ojo de agua*.

Calleja recuperó el punto después de un combate, y era necesario el establecimiento de un fortín para sostenerlo.

El 25 de Marzo salió Galeana con sesenta hombres, llevando costales con arena y trabajadores, que hoy se llam zapadores, para levantar el reducto.

La operación comenzó en medio del fuego del enemigo.

Galeana levantó una trinchera y emprendió un camino cubierto.

La operación duró desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde.

El capitán Ramirez annunció á Morelos que Galeana era dueño del *ojo de agua*, y que ya estaba establecido el baluarte y la artillería para defenderlo.

Morelos clavó sobre aquel muro una bandera, bautizándola con el nombre de Galeana.

Irritado Galleja ante el valor heróico de los insurgentes, emprendió su ataque sobre el fortìn á las once de la noche de ese mismo día, y sus soldados llegaron hasta el muro, donde quedó su sangre como el pregón del escarmiento y el recuerdo del valor del enemigo.

Hé aquí el parte de Calleja al virrey:

«Al amanecer de ayer quedó cortada el agua de Xuchitengo que entraba en Cuautla y terraplenado sesenta varas de zanja que la conducía, con órden al Sr. Llano, por hallarse próximo á su campo, de que destinase al batallon de Lobera, con su comandante, á solo el objeto de impedir que el enemigo rompiese la toma; pero á pesar de todas mis prevenciones, y en el *medio del día*, permitió por descuido que no solo la saltase el enemigo, sino que construyese sobre la misma presa un *caballero ó torreón* cuadrado y cerrado, y además un espaldón que comunica el bosque con el torreón, por cuya obra cargó un gran número de trabajadores, sostenidos desde el bosque. A pesar de su ventajosa situación, dispuse que el mismo batallón de Lobera, ciento cincuenta patriotas de San Luis y cien granaderos, todo al cargo del Sr. coronel D. José Antonio Andrade, atacasen el

torreón y parapeto á las once de la noche, lo que se verificó *sin efecto*. y tuvimos cuatro heridos y un muerto.»

Esta es la relación de un general que deseaba ocultar sus derrotas y moralizar á sus soldados.

La historia recoge esas palabras al traer á su juicio los acontecimientos de esa época.

II.

En la hacienda de Buenavista ocupada por los realistas, estaba el capitán Jacinto Castaños herido de un brazo en una de las escaramuzas con los sitiados.

Al lado de su lecho estaba María prodigándole las atenciones de una hermana.

—Luz, decía Jacinto, esta herida va mal, tengo fracturado el brazo.

—El médico dice lo contrario.

—Donde entre el *tétano* soy hombre muerto.

—No hay que perder la esperanza.

—Yo le he ofrecido á vd. entregarla al Sr. Morelos y voy á realizar mi promesa.

—Yo no me separaré de esta cabecera hasta ver á vd. restablecido.

—¿Y qué le importa á vd. mi existencia?

—¿Y vd. me lo pregunta?

—Estoy acostumbrado á vivir solo, á no probar el interés de nadie, á estar desamparado.

—Yo tengo una deuda de gratitud inmensa con vd. que necesito satisfacer.

—Señora, yo soy un ser extraño á todo, la gratitud ó el amor de los demás me es enojoso, quiero vivir en el aislamiento... me había propuesto ser fiel á mi palabra, defender á vd., velar por su honor, y estoy satisfecho... mañana sea cual fuere el estado de mi salud, acompañaré á vd. hasta el parapeto, y Morelos recibirá á su hija adoptiva.

María estaba triste, aquella noticia que en otra vez la hubiera llenado de gusto, le torturaba el alma.

Impondremos al lector del secreto de la joven.

En el regimiento expedicionario de Lobera, llegado á Nueva-España para combatir la insurrección, venía un joven oficial llamado Edmundo Fonterravía.

Este noble soldado pertenecía á una de las familias más distinguidas de la Península, y el virrey le dispensaba grandes consideraciones.

Al partir de España, había recibido las charreteras de capitán.

Edmundo era uno de aquellos calaveras de gran corazón, capaz de arriesgar su vida tanto por hacer una buena obra, como por una mala.

Con la misma facilidad se daba de estocadas por una mujer que nada le importaba, como ayudaba á soplarle la dama á un marido.

Fonterravía manejaba las armas admirablemente, y su serenidad era grande en los lances de honor y en los combates.

Edmundo era alto, robusto, bien formado, su cabello echado hacia atrás, frente despejada, ojos garzos, bigote castaño, sobre unos labios bien delineados, nariz recta, y todo su rostro lleno de expresión y de nobleza, el traje militar lo llevaba con arrogancia sin tener el aire de mal gusto de los matones de oficio.

El regimiento de Lobera había concurrido á la batalla desgraciada de Izúcar, y en ella el capitán Castaños hizo las amistades con Edmundo.

Jacinto aborrecía por istinto al español, sentía algo de rabia en su contra inexplicable, y sin embargo la atracción del odio lo arrojaba al paso de aquel hombre, tendiéndole la mano de amigo.

Fonterravía conoció á la supuesta hermana de Jacinto, y su alma sintió los primeros síntomas de un amor verdadero.

María notó con emoción que el capitán Edmundo no le era indiferente, y como las almas predestinadas se tienen de comprender, los jóvenes se amaron con locura.

María estaba en la aurora de las ilusiones y su cariño no tenía límites ni horizonte.

El joven soldado idolatraba á la indiana con todo su corazón, y estaba resuelto á hacerla su esposa.

Edmundo no tenía motivo para dudar, así es que creía que su novia se llamaba Luz y era hermana de su compañero de armas Jacinto Castaños.

Jacinto non sospechaba nada de esta correspondencia, acaso se hubiera enfurecido aunque sin razón.

No era dificil que entónces se arrepintiese de haber estado dos meses al lado de una mujer hermosa, siendo árbitro de su suerte, para que al fin viniera otro hombre afortunado á arrebatársela.

El corazón despierta cuando lo hieren.

Decíamos que María estaba á la cabecera del enfermo oyendo la determinación de volverla á su hogar, porque se sentía contrariada en sus inspiraciones, cuando dieron tres toquidos á la puerta del alojamiento.

—¡Adelante! gritó Castaños.

El capitán Edmundo Fonterravía penetró en el aposente, tendió una mano á su novia y estrechó con la otra la de su amigo.

—Capitán, dijo Edmundo, tengo un negocio que comunicar á usted.

María se levantó y saludó á Fonterravía.

Luego que los compañeros se encontraron solos, Edmundo dijo á Castaños:

—Hace tiempo que oculto un secreto á nuestra amistad, señor capitán Castaños, y vengo á pedir mis escusas.

Jacinto plegó el ceño y se puso á escuchar con atención á aquel hombre á quien aborrecía. Edmundo continuó:

—Estamos en una situación muy peligrosa, de un momento á otro podemos morir... nuestra existencia está en un perpetuo peligro ¿no es verdad?

Jacinto no respondió. Fonterravía hizo una pausa, y luego prosiguió:

—Parece una locura pensar en el porvenir... y sin embargo esta idea me preocupa de una manera alarmante... yo juro, señor capitán Castaños, que esta es la primera vez que he sentido miedo.

Jacinto se incorporó en su lecho.

—No ese miedo degradante que envilece al hombre, sino el temor de llegar al término de la vida sin haber visto realizados los sueños del corazón.

—No comprendo nada todavía, dijo Jacinto.

—Caballero, me voy á explicar con más claridad: una simpatía secreta me llevó á usted, lo he apreciado como el mejor de mis compañeros, lo he estimado por su arrojo y más aún por su lealtad.

—¿Pero este hombre qué me quiere? se preguntaba Jacinto ya impaciente.

—Ruego al señor capitán Castaños perdone mi atrevimiento; pero yo no pude resistir á los encantos de Luz, la amo con adoración, y pido á usted el honor de concederme su mano.

Un rayo que hubiera caído en la cabeza de aquel hombre, le habría hecho menos impresión: sintió que aquella mujer podía haberle consolado de un amor desgraciado, que con ella hubiera recobrado las esperanzas de una soñada felicidad, que tal vez su destino hubiera cambiado de rumbo, aquietando la exaltación dolorosa de su espíritu... ese sueño se desvanecía en el horizonte opaco de su existencia yendo á confundirse con las ilusiones perdidas de su juventud.

Sintió que amaba á María, que aquel hombre le arrancaba á pedazos el corazón, y quiso disputársela á la fortuna.

—Señor capitán Fonterravía, dijo Castaños, no es de extrañar la emoción dolorosa que me agita en estos momentos, porque yo no sospechaba esta inteligencia con mi hermana... siento mucho que haya desconfiado de mi cariño... no importa, la ingratitud sigue mis pasos... ¡mi mejor amigo!... ¡mi hermana!...

Jacinto bebió dos lágrimas de rabia, que el joven Edmundo atribuyó á ternura.

—Jacinto, dijo el joven, he recibido la orden de atacar esta misma tarde el punto más comprometido de la plaza, y creyendo firmemente que va á pasarme una desgracia, he venido á pedir una esperanza que acaso no podrà realizarse... ¡al menos quiero morir tranquilo!...

—¿Dice usted que ha recibido orden de atacar?

—Precisamente.

—Yo lo acompañaré á usted.

—Está usted enfermo.

—Eso no importa.

—Espero antes la decisión sobre este negocio.

—Al acabar el sitio de Cuautla; será usted el esposo de Luz.

—¡Gracias capitán! exclamó Edmundo, estrechando entre sus manos la mano de aquel hombre, que le juraba venganza desde los centros de su corazón.

—Exijo de usted capitán, dijo Jacinto, que oculte à mi hermana nuestra conversación. Descubriendo el secreto, viviriamos violentos, y...

—Es verdad, respondió Edmundo, prometo guardar reserva, sé que soy feliz, y con esto me basta.

—¡Adiós capitán! ¡adiós! esta tarde nos veremos en el asalto.

Edmundo salió delirante, loco, de la estancia de su amigo.

En la puerta encontró á María, á quien estrechó ardientemente á su pecho, y partió lleno de entusiasmo á disponerse para el asalto.

Luego que el capitán abandonó el aposento, Jacinto saltó de lecho, furioso como una pantera.

—¡El diablo me favorece! dijo, en medio del combate, le levantaré el cráneo de un pistoletazo.

III.

El 19 de Febrero á las cuatro de la tarde, los realistas atacaban por cuatro puntos la ciudad, con un valor desesperado.

Desfilaban las columnas guareciéndose en las aceras, y avanzando á paso de carga sin cesar de hacer fuego.

Los sitiados descargaban á metralla sus piezas, y las calles estaban cubiertas de cadáveres.

Los realistas rompieron con barras las puertas de las casas intermedias, y se apoderaron de algunas azoteas.

La artillería jugaba á toda fuerza sobre la plaza.

Los insurgentes hacían un fuego espantoso desde las torres, por las troneras y desde los parapetos.

Las columnas fueron rechazadas simultáneamente en los cuatro puntos.

El regimiento de granaderos se desmoralizó por completo y comenzó á replegarse en desórden.

Calleja se puso al frente de ellos, y tornó á la carga por dos veces, pero sin éxito.

Volvíase todo desórden y carreras, hasta que la reserva contuvo la deserción que era grande.

En una de las trincheras tuvo lugar un episodio.

El capitán Edmundo Fonterravía, cargaba con los soldados de Lobera, y disputaba el terreno á la bayoneta.

El parapeto estaba defendido por el bravo coronel Piedra-Santa.

Jacinto Castaños, bajo el pretexto de ayudar á los suyos, disparaba un mosquete queriendo asesinar al prometido de María; pero Dios velaba por él.

D. Alfonso saltó sobre la trinchera seguido de sus soldados; los realistas huyeron, y Piedra-Santa hizo prisionero á Fonterravía.

—Los valientes deben conservar su acero, dijo D. Alfonso volviéndole su espada al capitán.

—Los valientes, contestò Edmundo, son los que saben respetar ese sentimiento, aquí está mi mano si es digna de tocarse con la del vencedor.

Don Alfonso estrechó con placer aquella mano, y ambos se juraron amistad en el campo de batalla.

Jacinto estuvo en acecho, no vió volver á Edmundo, y creyó que lo habían matado.

Dirijióse entónces á su alojamiento, y fingiendo una gran pesadumbre, dijo á María:

—Señora, acabo de perder el mejor de mis amigos; el capitán Edmundo Fonterravía queda como bravo en el campo del honor.

María cayó sin sentido, dando un grito espantoso de dolor.

—Estoy vengado, exclamó Castaños, y lanzó una cercajada del infierno.

Ha llegado la hora de la venganza.. Satanás está en mi corazón... me entrego á él como apague con sangre la sed devoradora que me consume...

—¡Miserable! exclamó con desdén volviéndose á la joven, pusiste la mano sobre mi corazón y te hirió la víbora que tengo enroscada á él... sufre... llora... ¡yo también sufro y estoy desesperado!

CAPITULO XVI.

Donde se prueba con toda evidencia, que el valor rompe las cadenas mas bien forjadas.

I.

Han pasado cuatro meses de lances sangrientos y de combates.

La plaza de Cuautla está desmantelada; pero sobre aquellas trincheras arruinadas permanecen serenos los insurgentes, velando su estandarte, que ondea acribillado por la metralla.

Hacía diez días que Morelos, lleno de aquel arrojo invencible que lo hizo el primer soldado de América, se había arrojado sobre las baterías del Calvario y hecho huir el enemigo, pero su tropa hambrienta se lanzó sobre los carros de víveres, y los realistas recobraron su posesión.

El inmortal cura Matamoros que ocupa un lugar tan distinguido en nuestra historia, había salido de la plaza abriéndose paso entre las filas contrarias, y reuniéndose á las fuerzas de don Víctor Bravo, intentó introducir víveres en la ciudad, y fué derrotado completamente por los soldados del rey.

El sitio se estrechaba de una manera terrible, la peste hacía un estrago más espantoso aún que las balas enemigas.

El hambre tenía exhaustos á los insurgentes.

Dice un historiador, que una caja de cigarros llegó á valer veinte reales. Chupábanse las hojas de los árboles, alfalfa, rapé y polvos colorados de tabaco y lechuguilla de jarcia; entonces se conoció el imperio que tiene el vicio de fumar tabaco. Un *gato* valía seis pesos, un *iguana* veinte reales, las *lagartijas* y las *ratas* se vendían á precios altos. Acabáronse los *cueros*, que remojados y tostados parecían más sabrosos que la carne de puerco. Acabados los cueros se comían las patas viejas de toro, tomando el agua caliente, como si fuese caldo de una rica gallina. Solo abundaba el aguardiente, azúcar y mieles corrompidas, alimentos que acabaron de apestar á los negros costeños.

Cuautla era á la verdad en aquellos días, un remedo de la infeliz Jerusalem asediada por las legiones de Tito y Vespeciano.

Aquella situación apremiante, parecía no sobrecojer á los sitiados, que hacían alarde de su heroismo.

No queremos tomar las palabras de los defensores de la independencia mexicana, porque se tendrían por parciales, apelamos á las notas del general que asediaba la plaza.

«Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla fuese con moralidad y dirijida á una justa causa *merecía algún día un lugar distinguido en la historia.*

«Estrechados por nuestras tropas, y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos: *entierran sus cadáveres con repique en celebridad de su muerte gloriosa,* y festejan con algazara, bailes y borracheras sus frequentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito; *imponiendo pena de la vida* al que hable de desgracias ó de rendición.

«Este clérigo es un segundo Mahoma, que promete la resurección temporal, y después el Paraíso con el goce de todas sus pasiones á sus felices musulmanes.»

Morelos resplandecía como un astro, cegando con su luz á sus mismos enemigos.

Ellos recojían las páginas de su gloria, ellos las trazaban con su propia mano, así se venga el genio en el porvenir.

Llegó el terrible momento de elejir entre la *rendición* ó la *ruptura* del sitio.

No había disyuntiva, la muerte estaba colocada sobre los dos extremos de la balanza.

Morelos después de oir el parecer de sus compañeros, se decidió á abandonar la ciudad, y lo anunció á su ejército en la orden del 27 al 28 de Abril de 1812.

Galeana y los Bravos hicieron reconocimientos sobre varios puntos; y el enemigo se puso en alarma cubriendo la salida más probables de los sitiados.

Morelos señaló sin vacilar los puntos más difíciles, que eran el Calvario y Amelcingo.

¡Esta decisión, que es un reto en los momentos supremos del peligro, solo la tienen los héroes!

II.

Disponíase todo lo concerniente para la salida, los soldados estaban inquietos esperando la noche, y los oficiales no se apartaban de sus cuarteles.

El coronel Piedra-Santa estaba en su alojamiento en conversación tirada con su amigo el capitán Edmundo Fonterravía, á quien había salvado de la muerte.

—Está triste el prisionero, dijo don Alfonso en tono de broma.

—Estoy admirado de cuanto pasa, respondió Edmundo, el general Morelos es un hombre extraordinario, un verdadero génio.

—Es verdad, yo lo respeto y admiro como á un Dios.

—La Córte de México ignora quien es este hombre, coronel Piedra-Santa; yo he visto muchas batallas en España, he estado en